

CIEN AÑOS DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

IMANOL ORDORIKA
ROBERTO RODRÍGUEZ-GÓMEZ
MANUEL GIL ANTÓN

Coordinadores



Las luchas estudiantiles de 1918 a 2018 <i>Imanol Ordorika, Roberto Rodríguez-Gómez,</i> <i>Manuel Gil Antón</i>	9
---	---

MOVIMIENTOS AUTONOMISTAS EN AMÉRICA LATINA

La Reforma Universitaria como batalla cultural <i>Diego Tatián</i>	25
La impronta autonomista en América Latina <i>Roberto Rodríguez-Gómez</i>	47
La autonomía universitaria en México (1929) <i>Renate Marsiske</i>	63

REVOLUCIONES ESTUDIANTILES DE LOS SESENTA

Activismo estudiantil en Estados Unidos en los sesenta <i>Todd Gitlin</i>	97
París, Mayo del 68 <i>Janette Habel</i>	115
El movimiento estudiantil de 1968 <i>Salvador Martínez Della Rocca</i>	137
Los demócratas primitivos. A cincuenta años. ¿Qué cambió? ¿Qué permanece? <i>Sergio Zermeño</i>	171

**POR LA DEMOCRACIA
Y CONTRA EL AJUSTE ESTRUCTURAL**

Estudiantes en la reconstrucción democrática argentina	
<i>Leticia Pogliaghi</i>	195
El movimiento estudiantil en Francia: 1986-1987	
<i>Obéy Ament</i>	217
El Consejo Estudiantil Universitario. México 1986-1994	
<i>Óscar Moreno</i>	237
El CEU, pensado en seis episodios	
<i>Imanol Ordorika</i>	249

MOVIMIENTOS DEL NUEVO SIGLO

Consejo General de Huelga (CGH), UNAM 1999-2000	
<i>Marcela Meneses Reyes</i>	267
La lucha por la gratuidad en Chile (2011-2012)	
<i>Marion Lloyd</i>	287
El movimiento estudiantil en Colombia (2010-2012)	
<i>Juan Sebastián López Mejía</i>	305
#YoSoy132	
<i>Karla Amozurrutia</i>	327
Movimientos estudiantiles en Estados Unidos	
<i>M. Alejandro González-Ledesma, Héctor Vera</i>	343

REFLEXIONES PARA EL ANÁLISIS

Movimientos estudiantiles: del color al blanco y negro	
<i>Manuel Gil Antón</i>	371
<i>Acerca de los autores</i>	397

El CEU, pensado en seis episodios

Imanol Ordorika

Está el ayer alerta al mañana, mañana al infinito, [...] ni el pasado ha muerto, no está el mañana —ni el ayer— escrito.

Antonio Machado

En esta época están de moda las series de televisión por internet. Las hay de estilos muy diversos, pero todas ellas se dividen en temporadas y episodios. Varían en muchos aspectos, entre otros por género televisivo, por países de origen, temáticas, y hasta en número de episodios, algunas tienen tantos que no dejan de ser telenovelas. En casi todos los casos los episodios tienen nombres llamativos, atractivos y que buscan sugerir una idea sobre el contenido del capítulo correspondiente. Mi capítulo sobre el Consejo Estudiantil Universitario, el CEU, consta de seis apartados o episodios: los orígenes, los agravios, la herencia, la posibilidad de vencer, los errores, y el desenlace y el legado.

LOS ORÍGENES

El CEU se integró con alumnos de edades diferentes, jóvenes desde representantes de Iniciación Universitaria, la secundaria ubicada en la Prepa 2, hasta estudiantes de posgrado. Las edades de los y las participantes en este movimiento variaban en una gama muy amplia.

Si entonces nos hubieran preguntado, como lo hacen hoy: “¿Se sienten *sesentayocheros*?” No habiéramos dudado un instante en decir, como tampoco lo hacemos hoy: “No nos sentimos, somos”. En la dedicatoria que en su libro 68 hizo Paco Ignacio Taibo II dice “... también para Óscar Moreno, cuya memoria debe ser prestada, porque el día en que entraron

los tanques a CU, aún no había nacido” y, sin embargo, en alguna ocasión Óscar le relataba este episodio al propio Taibo.¹

Así éramos de *sesentayocheros*, nos sentíamos como si hubiéramos estado ahí. Habíamos oído las historias y conocíamos más o menos a los protagonistas. Eran parte de nuestra formación, de nuestra vida política y de nuestra cotidianidad. Habíamos escuchado sus análisis, y sabíamos lo que era para ellos soportar la responsabilidad de los muertos, porque a veces se cree que el 68 era sólo fiesta. Y cuando miramos la trayectoria de los protagonistas —muchos de ellos ya no están, algunos por voluntad propia— se da uno cuenta que el 68 los marcó de maneras muy diferentes.

A nosotros el 68 nos dejó legados contradictorios: uno, el sueño del movimiento de masas sin masas, es decir nos convertimos en activistas; aspirábamos a tener un 68 con miles de estudiantes en la calle, pero sólo teníamos a los 400 grupos políticos que había en cada escuela o facultad, enfrentados unos con otros. Había desde *albanos*, seguidores de Enver Hoxha, *troskos* de distintas facciones, *maos*, *guevaristas*, *pescados*, así llamábamos a los militantes del PC, hasta los grupos participantes en la reforma política, los *PMTo*s. Estaban también otros grupos pequeños como los *guillotinos* (publicaban la revista *La Guillotina*)² que parecían un poco extravagantes pero buena onda, con quienes pudimos entendernos rápidamente.

Habíamos batallado en un clima de intensa politización en *petit comité*. En pequeñas explosiones de movimientos de corta duración que habían sido medianamente importantes, en luchas relevantes como las que retomamos en contra de la represión, por el cese de la guerra sucia, por la presentación de los desaparecidos de los años setenta, las denuncias contra el ejército, y el acompañamiento a las madres de los desaparecidos, como la señora Rosario Ibarra, y el Comité Eureka.³ Nos habían

¹ En la dedicatoria del libro *68 Taibo II* señala: “este libro que nunca me saldrá bien, es para mi cuatísimo Guillermo Fernández, porque seguro que su memoria es mejor, y también para Óscar Moreno, cuya memoria debe ser prestada, porque el día en que entraron los tanques a CU, aún no había nacido” (Taibo, 2006).

² En ella participaban Octavio, Óscar y Guadalupe Moreno Corzo, Jaime y Jorge Ortiz Leroux, Jesús Nava Ranero, Jesús Ramírez Cuevas, Juan Ramón Martínez León y Juan Pablo García Vallejo. Estudiantes del CCH-Naucalpan y de las ENEP Acatlán e Iztacala.

³ El Comité Eureka es una organización que surgió en el contexto de la “Guerra sucia” en México. Se fundó en el año de 1977 con el nombre de “Comité Pro-defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos en México”, por Rosario Ibarra de Piedra, madre de Jesús Piedra Ibarra, detenido desaparecido en Monterrey. El Comité Eureka se planteó lograr la presentación de los desaparecidos por parte del Estado Mexicano.

golpeado los granaderos Estábamos muy politizados, formados en escuelas de cuadros, sobrevivimos como participantes de cientos de horas de asambleas. Habíamos aprendido muchas cosas, excepto a vivir la experiencia de un verdadero movimiento de masas.

LOS ANTECEDENTES

Vivimos la experiencia de los sismos de 1985 como uno de los antecedentes clave en la constitución del movimiento, y tendríamos que preguntarnos —más allá de la coincidencia con los activistas del 19 de septiembre— si ese ejercicio de solidaridad colectiva que se vio en la Ciudad de México en 1985 y volvió a aparecer el año pasado [2017], impactó de tal manera como para que sólo unos meses después hubiera estallidos estudiantiles en los que las brigadas organizadas en cada uno de esos dos momentos de crisis nacional, participaran y desempeñaran un papel fundamental en los movimientos.

Teníamos esos antecedentes de sectarismo en el movimiento estudiantil y una profunda ideologización. Además, experiencia política. Un activista que se preciara de serlo debía saber manejar un mimeógrafo además de llevar en su coche —porque muchos éramos clase media con coche— un equipo de sonido, micrófono y amplificador que no eran como los actuales. Por supuesto, vinagre para los gases lacrimógenos, *miguelitos* para las motos, que son los clavos que se sueldan de tal manera que, al arrojarlos a la calle, siempre queda una punta hacia arriba para ponchar llantas, lo mismo canicas para hacerle frente a los caballos. Era el *kit* de activista universitario.

Esas cosas pasaban y se expresaban en un periodo en el que los sindicatos eran los grandes protagonistas de la acción política universitaria. De 1973 en adelante, el STEUNAM primero, el SPAUNAM del personal académico, que más tarde se unificaron al crear el STUNAM, protagonizaron distintos tipos de luchas y una huelga que acabó siendo reprimida por la policía.⁴

⁴ STEUNAM: Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM; SPAUNAM: Sindicato del Personal Académico de la UNAM (para mayor documentación es posible consultar el libro de José Woldenberg (1988).

Únicamente habíamos visto las huelgas que hacían los trabajadores, y aprendimos a estar ahí en roce solidario con el sindicato. Desde la posición de estudiantes radicalizados, calificábamos a la dirección sindical como reformista e insuficiente; queríamos dar línea desde el estudiantado. Y cuando se nos presentó el momento hicimos una huelga diferente a las de los trabajadores que estaban limitados en sus formas por la Ley Federal del Trabajo.

En ese contexto llegó 1986 con las crisis que han sido reseñadas en el texto de Óscar Moreno y en las que no voy a profundizar. En enero de 1985 entró como rector de la UNAM Jorge Carpizo. Era un rector joven, el más joven en la historia de la UNAM. Había sido discípulo de Mario de la Cueva, uno de los juristas más connotados, personaje interesante por haber sido el único director opuesto al establecimiento de la Junta de Gobierno (Ordorika, 2006).

Carpizo también conocía las lides sindicales, como abogado de Guillermo Soberón en contra de los sindicatos que planteaban la lucha por su reconocimiento. Asumió la Rectoría con un programa audaz, que no era la política de ajuste estructural a lo bestia, como se hizo en el Politécnico y en la Universidad Autónoma Metropolitana, sino que venía capeada con aroma de reforma universitaria. Carpizo planteó: “vamos a hacer una consulta, vamos a ver qué necesita nuestra universidad”, y trató de ubicarse como continuador de los rectores más progresistas que ha tenido la UNAM: “vamos a seguir el ejemplo de Javier Barros Sierra y de Pablo González Casanova”. En esa lógica convocó a una consulta popular priista y con el trabajo promovido y organizado de por la burocracia universitaria, consiguen alrededor de 1 700 ponencias.

Recuerdo cuatro ponencias en contra de Carpizo. La autora de una de ellas era la señorita Alicia Alarcón, secretaria del Consejo Universitario quien ese año cumplía 86 años, apuntaba: “el documento *Fortaleza y debilidad* va en contra de los estudiantes”. No era activista estudiantil, sino parte de la burocracia universitaria de largo aliento. Dos, la ponencia de Luis de la Peña y Annie Pardo planteaba que las condiciones de estudio y trabajo académico en la Universidad eran muy deficientes, que los salarios habían caído y que la Universidad no estaba a la altura de los retos que planteaba la sociedad. Tres, un planeamiento de *el Pino*, que posteriormente fue publicado como artículo en *Siempre!* Cuatro, un documento escrito por Carlos Imaz —que no era consejero— Antonio Santos y yo, con la idea de lograr que lo firmaran los consejeros *derechosos*. Eran tan

flojos, que resultaba más fácil que firmaran nuestro documento, a que ellos hicieran uno propio.

Titulamos al documento “La UNAM hoy, una crítica a Fortaleza y debilidad”, donde citamos un montón de datos publicados por la misma UNAM hasta ese año. Después la institución dejó de publicar esas series durante los siguientes 20 años. Eran datos sobre becas, sobre nivel socioeconómico de los estudiantes, una enorme cantidad de información, a la que añadimos “bolas de humo”; afirmaciones súper radicales y ofensivas hacia el presidente o el secretario de Educación en turno. Se lo presentamos al hijo del entonces secretario de Educación —consejero universitario de Derecho— Miguel González Compeán y a Alfonso Navarrete Prida, entonces consejero universitario de la ENEP-Acatlán y después secretario de Gobernación con Peña Nieto (Rodríguez *et al.*, 1986).

“No podemos firmar si no quitan esas cinco cosas”, contestaron. Así de claro teníamos cómo íbamos a hacer para que firmaran. Le quitamos las “bolas de humo” y firmaron el documento. Un día, Carpizo los regañó enfrente de nosotros: “cómo es posible que firmen el documento de estos sujetos que no tienen remedio”, les dijo.

LOS AGRAVIOS

¿Cuáles eran los agravios? Años y años de que a todo mundo le valga madre la condición de los estudiantes en la Universidad. ¿Saben qué es lo peor de todo? Que ése sigue siendo el agravio. Hoy, ahora. Todos estaban preocupados por el contrato colectivo, por el número de publicaciones, lo mismo por el dinero para los institutos. Preocupados por quién quedaría en la dirección de las entidades académicas y por definir a quién lograban imponer en la Junta de Gobierno o quién sería el próximo rector. Todos éstos eran temas centrales de la universidad y los asuntos de los estudiantes siempre estaban fuera de la agenda. Y cuando por primera vez un rector trata el tema de los estudiantes lo dice de este modo: “Los estudiantes no valoran lo que tienen. ¿Y saben por qué no valoran lo que tienen? Porque no les cuesta”. Eso decía Carpizo.

A veces lo comparábamos con un comercial del whisky *Chivas Regal*: “se ve caro, lo es”. Alegábamos que Carpizo quería para la UNAM lo mismo que la campaña publicitaria del whisky: “se ve cara, lo es”. De modo que solamente podrían entrar quienes tuvieran el dinero para comprar esa

pieza tan exquisita y la aprovecharan con suficiente fervor; pero la Universidad no era así, y ése fue uno de los agravios.

El otro tiene que ver con 73 años de una Ley Orgánica que hoy, igual que en 1986-1987, ya no sirve. En 1944-1945, durante la Segunda Guerra Mundial, se estableció como una pieza de defensa de la Universidad para evitar que los estudiantes católicos y los grupos fascistas que entonces poblaban la universidad —igual que hoy, aunque no se atreven a manifestarse— se apropiaran de la conducción universitaria. Para ese fin organizaron una Junta de Gobierno e idearon un sistema político autoritario a imagen y semejanza del régimen priista.

Un agravio más lo recibimos cuando nos impusieron la “obvia resolución”. Ese día, dos de los exdirectores más respetados de mi facultad, dos de los científicos mexicanos más importantes del país, el matemático Alberto Barajas y el físico Juan Manuel Lozano, me buscaron en un salón de clases, en el que por alguna extraña razón me encontraba todavía. Me pidieron que saliera al pasillo a hablar con ellos. Cuando salí me dijeron, lo repito literalmente: “¡Ya nos chingamos al Carpizo! La legislación universitaria prevé un lapso de 15 días como requisito para conocer las propuestas de modificación a los reglamentos; de modo que no las van a poder votar hoy”.

Con esta información, llegamos confiados al Consejo Universitario. En efecto, como decía el maestro Lozano: “ya nos lo chingamos” (cuando uno lo cita, como suele decir *el Pino*, no son malas palabras). Nada más al abrir la sesión, planteamos el asunto de los 15 días. Jorge Martínez Stack, entonces consejero de Psicología veía incrédulo la situación. Empezó a pasar una copia de la Legislación Universitarias por la mesa del Consejo, de un lado al otro. Nadie sabía qué hacer, hasta que, al secretario general, José Narro Robles, quién después fue rector, se le ocurrió señalar “aquí dice que el requisito de los 15 días puede eximirse en casos de obvia resolución y como transformar a la UNAM es un asunto de obvia resolución, ¡vamos adelante! ¿Están de acuerdo señores consejeros en que la agenda de esta sesión del Consejo es de obvia resolución?”. Y el Consejo lo aprobó.

En los 73 años de vigencia de Ley Orgánica de la UNAM, nunca, ni una sola vez, en cero ocasiones, ha habido una propuesta del rector que pierda una votación. Los rectores son preclaros y lo saben todo. Nunca un personaje propuesto para la Junta de Gobierno por el rector ha perdido, por supuesto. Esto da una idea de ese cuerpo colegiado al que íbamos

literalmente a joder. Por supuesto, no podíamos ganar una votación, pero íbamos a dar lata y dejar sentada una posición.

Cuando discutimos y votaron las reformas de Carpizo, argumentamos en todas y cada una de ellas. Siempre nos ponían los primeros en la lista en paquete: Santos, Ordorika, Martín Acensio de Psicología, Alberto Monroy de Economía, y luego una retahíla como de 20 directores, profesores eméritos, todos nos daban hasta con la cubeta.

Se quejaban de que las reuniones del CEU eran largas, de que duraban más de seis horas, aunque cuando Carpizo convocaba a las sesiones del Consejo empezaban a las seis de la tarde y salíamos a las siete de la mañana del día siguiente. Ellos tomaban pastillas de sal para no tener que ir ni a orinar. A las siete de la mañana de ese día les advertimos “volvemos y seremos miles” y nos fuimos, literalmente chillando.

Se trataba del ajuste estructural sobre la Universidad, la expresión manifiesta de la antidemocracia, el maltrato y desinterés sobre los estudiantes. Esos eran los agravios.

LA HERENCIA

A los agravios antepusimos una herencia. Éramos herederos del 68. Nos reunimos con *el Pino* a plantear cuál debería ser la respuesta. Nos propusimos organizar el Consejo Estudiantil Universitario, recuperando la idea de que la representatividad no viene como una coalición de grupos diversos, no se trataba de *troskos* del mundo uníos con los maoístas —mangas largas, como conocíamos a los integrantes del Partido Comunista Marxista Leninista ML—, con los guevaristas y éstos con los de más allá, y asumir que éramos los dirigentes. No, en ese momento, como en el 68, el que quería ser representante tenía que ganar la representación en asamblea, donde todo mundo sabía quiénes eran los estudiantes de la escuela. No podían llegar de fuera a incidir en las decisiones y los debates; ahí se ganaban las representaciones, y cada escuela tenía tres votos que llevaba al CEU.

Esa forma de representatividad se formó en el 68, pero también la responsabilidad por parte de los distintos actores, de tratar de asumir la dirección política. Gilberto Guevara y Raúl Álvarez Garín nos habían dicho muchas veces que los líderes y los dirigentes de los movimientos sociales tenían que asumir su responsabilidad por los errores y por las

virtudes de los movimientos, que eso era fundamental; de no ser así, era muy fácil hacer cualquier tipo de enunciado y quedarse abajo esperando a ver qué pasaba.

La segunda herencia fue una forma de hacer política: la acción pacífica de masas. Salir a las calles, organizar mítines, divulgar nuestras ideas —ojalá hubiéramos podido tener acceso a Televisa, TV-Azteca era todavía estatal—. Teníamos que hacer volantes y mítines relámpago. La gente de teatro se subía a los camiones y empezaba a lanzar el rollo sobre el CEU, mientras un pasajero, evidentemente parte del grupo, rebatía: “fósiles, el rector Carpizo tiene razón”, y se generaba la discusión y acababan votando el apoyo al movimiento, cooperaban con dinero y de ahí sosteníamos el movimiento, pero no sólo de ahí, también recibimos apoyo del STUNAM y del Sindicato Mexicano de Electricistas para sostener la lucha que fue larga y difícil. En un momento planteamos el diálogo público, también herencia del 68. Añadimos una estrategia que no operaba aquel año porque era impensable: los medios de comunicación como espacio de la lucha política.

Al seno del movimiento, como en todo proceso, había divergencias y discrepancias significativas sobre cómo conducirlo. En las primeras reuniones se planteó un asunto decisivo: si siendo revolucionarios como éramos, podíamos reivindicar la Constitución democrático-burguesa de nuestro país, donde se decía que toda la educación impartida por el Estado será gratuita. Nosotros decíamos, sí, y el grupo opuesto de la Facultad Ciencias, dirigido por la Pita Carrasco, importante en el CGH, sostenía que no, porque de ese modo legitimábamos el sistema burgués capitalista mexicano.

Nuestra posición aceptaba, sí, pero en este momento a la población le tiene sin cuidado el sistema burgués capitalista mexicano; lo que necesitamos es que la gente esté de acuerdo con nosotros, que la UNAM tiene que ser gratuita, eso dice la Constitución.

El argumento era tan trascendental que, en 1993, durante la presidencia de Carlos Salinas, cambiaron la esencia del Artículo Tercero constitucional con un argumento rebatible: toda la educación que imparta el Estado, excepto la de carácter superior, será gratuita.

Así como ellos estaban a favor de que el movimiento fuera dirigido por una asamblea amorfa, nosotros proponíamos que el movimiento se construyera con un Consejo teniendo como modelo al CNH. Hubo dos puntos más en disputa: uno discutible y otro anecdótico, El

primero se centraba en participar en la programación de Televisa “por ser una empresa capitalista”. Nosotros sosteníamos: vamos a ir a Televisa cada vez que sea necesario, y fuimos a Televisa cada vez que nos invitaron.

Lolita Ayala organizó una mesa de debate con José Sarukhán, Miguel Yacamán y Mario Ruiz Massieu, tres próceres de la administración universitaria, contra Ímaz, Santos y Ordorika. Recuerdo que era un escenario pintado de amarillo de un lado y de azul del otro. Lo que pasó fue que ellos no sabían debatir en público —lo decía Monsiváis en su libro *Entrada libre* (Monsiváis, 1987).

Pues en el CEU se tuvo que llegar a una votación: ¿se acepta ir a los medios electrónicos de comunicación?, ¿sí o no? ¿Aceptamos que entren las televisoras a las sesiones del CEU?, ¿sí o no? Unos argumentaban “nuestras armas son los mimeógrafos”, y nosotros contestábamos: “los mimeógrafos, los satélites, las televisoras, las radiodifusoras y todo lo que podamos usar”. Afortunadamente ganamos esa posición porque fue clave en el movimiento.

El punto anecdótico: tomamos un local de nuestro auditorio Che Guevara. El que ahora está ocupado, pero entonces era nuestro, de todos los universitarios. Lo usábamos cada vez que era necesario, pedíamos que lo asearan —ahí fue el diálogo público—, exigíamos que le pusieran un buen sonido, que arreglaran las bancas rotas. Ahí vimos *Stairway to Heaven* hasta el gorro de pachecos los que quisieron y pudieron; *Emanuelle* y muchas películas más.

Al lado estaba la oficina de la Filmoteca de la UNAM; que también ocupamos. Se abrió el debate para decidir cómo se iba a llamar, era el local central del CEU. El ala “revolucionaria” propuso que se llamara Vladimir Ilich Lenin. Mientras que los horrorosos reformistas, nosotros, propusimos que llevara el nombre de Marilyn Monroe. Ganamos y eso mostró la correlación de fuerzas adentro del CEU: cerca de 80% contra 20% de los votos. Colocamos un mural de Marilyn, de su foto más famosa. Para indignación de los leninistas, todos nos asumíamos leninistas, pero Lenin era en verdad muy feo.

Hasta en esas pequeñas cosas, medio simbólicas y cómicas, podía verse que en el CEU, como en todo movimiento, había tendencias y con ellas había que asumir responsabilidades. En el diálogo público que impulsamos —primero convocando a Carpizo a debatir en el auditorio Che Guevara. Carpizo se negó, pero aceptó organizar un diálogo público—

pudimos ponernos de acuerdo, y no significó ningún tipo de traición ni humillación ni nada.

Fue lo mejor del movimiento del CEU: 10 días seguidos de debate entre 10 representantes de las autoridades universitarias y 10 del CEU. De los representantes de las autoridades universitarias, dos de ellos fueron luego rectores, Sarukhán y Narro, estaba además Barnés, quien era asesor del grupo de Rectoría. De nuestro lado, por supuesto, no ha habido ningún rector.

Recomiendo leer la narración de Monsiváis o ver la página electrónica del CEU donde hay segmentos de ese debate.⁵ La verdad, les dimos hasta con la cubeta. La crónica de Monsiváis narra: de un lado estaban los reyes del memorándum y el oficio, y del otro los reyes de la asamblea. Así fue: de un lado estaba Juan Miguel de Mora, un viejo anti-comunista; del otro estaba Annie Pardo, Alfredo López Austin, Manuel Peimbert y Roger Bartra, todos investigadores eméritos u *Honoris Causa*, hoy en día. Adolfo Sánchez Vásquez, quien no podía estar ahí, aceptó ser asesor del CEU, lo mismo Monsiváis, Adolfo Gilly y Herman Bellinghausen, una pléyade de intelectuales.

Del otro lado, la potencia intelectual era el abogado Raúl Carrancá y Rivas, emérito de la Facultad de Derecho, quien se peleaba con las dos mil gentes del auditorio. Peroraba: “porque el Congreso de la Unión, en su inmensa sabiduría...” sólo motivaba risa. No hay estudiante que se precie de serlo en el país, de universidad pública o privada, que no esté convencido de que hay que cuestionar al Congreso de la Unión, incluso al actual. Fue una batalla desigual, lo tenemos que reconocer. Estuvieron en nuestro terreno, y hay que decirlo, honor a quien honor merece: el rector Carpizo aceptó ir al diálogo público, aceptó enviar a sus representantes al diálogo público, hicieron el esfuerzo por debatir y dialogar, algunos más que otros, Sarukhán lo pasó, en verdad, muy mal. Después se comportó como un rector muy conservador.

Los diálogos públicos significaron un cambio sustancial: eran transmitidos en vivo por Radio-UNAM con un *rating* que nunca ni después ha tenido. La radiodifusora se oía en todos lados; se sintonizaba en los auditorios de todas las escuelas, hasta los taxistas oían Radio UNAM; todo mundo sabía qué era lo que estaba pasando y tenía opinión sobre el conflicto

⁵ La página es: <<http://www.ceu.unam.mx/>>.

universitario. Permitió un cambio en la correlación de fuerzas a favor del CEU, dentro y fuera de la UNAM.

En la primera sesión le tocó a Óscar Moreno o a Toño Santos hacer una oferta: “fijemos un punto de acuerdo inicial: propongamos suspensión al pago de la deuda externa y un incremento del 100% al presupuesto de la UNAM. ¿No están ustedes de acuerdo, señores de la Rectoría? Tuvieron que pasar aceite, porque no podían decir que estaban de acuerdo en el punto, aunque a lo mejor lo estaban, pero lo peor de todo es que los tuvimos torcidos desde el primer minuto.

La construcción de la legitimidad del movimiento con los diálogos públicos fue tan vigorosa, que advertimos que podíamos pasar de la resistencia, es decir de demandar la cancelación de los reglamentos aprobados el 11 y 12 de septiembre de 1986, a pasar a la ofensiva con la exigencia de una reforma democrática de la UNAM, alentada no con el programa de la izquierda como contraposición al programa de Carpizo, sino a partir de un espacio colectivo que era el Congreso Universitario Resolutivo.

El punto sonaba muy razonable, pero imagínense a un rector abogado o cualquier rector que ha jurado con una medalla de oro en el pecho —la venera, así le llaman— hacer valer la Ley universitaria por sobre todas las cosas, no podía entender que su Consejo Universitario no fuese suficientemente representativo y mucho menos legítimo, para procesar una reforma a la institución. Entonces, dijeron que no, se levantaron de la mesa, y encabezados por un José Narro enardecido gritaron una goya. Al día siguiente, *El Universal* destacó una foto en primera plana donde aparecen rojos de coraje, gritando “goya” en pose agresiva.

El caso es que pidieron que volviéramos a la mesa porque nos harían una contrapropuesta. Ésta fue: “hagamos unos foros cuyas resoluciones puedan ser consideradas, quizá, si el Consejo Universitario, está en buen plan”. Contestamos francamente que no, y nos fuimos a la huelga.

La huelga fue otro debate entre las dos grandes corrientes del CEU: “No está preparada la huelga”, decían ellos; “no tenemos fondo de resistencia, no podemos ir a la huelga”. Nosotros aducíamos: “las huelgas no se preparan sólo desde la organización, se preparan políticamente. Tenemos más fuerza que nunca, podemos ir a la huelga”. “No hay dinero”, replicaban. “Lo conseguimos”. Nos traían apoyo de Santo Domingo, también alimentos. A cada plantel le llegaba dinero, papel, comida, para sostener el movimiento.

El día antes de la huelga fuimos por primera vez al Zócalo. Nadie había entrado al Zócalo desde 1968, excepto los desfiles oficiales de la CTM y su longevo líder Fidel Velázquez. Nosotros lo hicimos. Carlos Ímaz fue el orador principal de una marcha impresionante, enorme.

Después de ocho días de huelga volvimos al Zócalo y casi se dobló el número de participantes. Asistieron delegaciones de algunas universidades del país, y también marchó con nosotros el Sindicato Mexicano de Electricistas. Para esta segunda marcha, Toño Santos, el mago de la organización, consiguió el sonido de Timbiriche, entonces el más grande y potente de América Latina con el que pudimos corear “¡Dame una C...!”, de manera monumental. El sonido rebotaba en el Hotel Majestic y regresaba a la Catedral. Los chavos contestaron con toda su fuerza.

Participó también, un contingente de profesores que después de la derrota del SPAUNAM en los años setenta no habían vuelto a tomar la calle. Formaron el Consejo Académico Universitario que agrupó a unos 3 000 profesores en apoyo a los estudiantes. Hasta ahora no se ha vuelto a lograr esa participación magisterial.

El 9 o el 10 de febrero, se realizó una sesión del Consejo Universitario en el Colegio de Ingenieros, atrás de Villa Olímpica. Carpizo ganó otra vez la votación, sólo que con propuestas diferentes: suspender los reglamentos aprobados el 11 y 12 de septiembre; el de pagos, el de exámenes, el de inscripción, y el de posgrado. Propuso, también, la realización de un Congreso Universitario Resolutivo cuyos acuerdos asumiría el Consejo Universitario. Tuvo que recoger todas las demandas del CEU.

En ese momento, cometimos los dos errores mayúsculos de la dirección del movimiento: Primero, nos fuimos de fiesta mientras los otros grupos se fueron a propagar que habíamos perdido todo. Entonces, cuando llegamos a las asambleas dos días después, perdimos la votación del levantamiento de la huelga. Una vez que se hubo votado que no se levantaba la huelga, se acercó Guadalupe *La Pita* Carrasco, y nos preguntó: “Y ahora, ¿qué hacemos?”. Le respondimos: “No, ahora ustedes dirigen, ganaron las asambleas, ahora digan qué sigue”. Ella señaló “hay que volver a discutir en las asambleas el levantamiento de la huelga”, adujeron. Fuimos a las asambleas y convencimos a los compañeros que se había ganado lo que había planteado el CEU; explicamos que había demandas que a veces se ganaban, que eso no quería decir que nunca más en la historia a nadie se le iba a ocurrir volver a proponer reformas como las que había propuesto Carpizo, que los movimientos no son de una vez y para

toda la vida. Pero ese error político produjo una severa división dentro del movimiento, error que la Rectoría aprovechó con empeño, con el que profundizaron y generaron una dinámica que debilitó al CEU.

El segundo error fue de cálculo político, quizá más relevante. En nuestro análisis pensábamos que Carpizo deseaba un congreso expedito, lo antes posible, para tomar a los estudiantes por sorpresa y desorganizados, sin una propuesta acabada de reforma universitaria. En el discurso que me tocó pronunciar en el Zócalo, en esa segunda marcha, el tema central era: “que quede claro que no aceptaremos congresitos al vapor”. Nos equivocamos, porque la estrategia no fue sacar un congreso a toda velocidad, sino posponer el proceso. Nuestra lucha empezó en 1986-1987, y el congreso se realizó en 1990, cuando las condiciones habían cambiado.

DESENLACE Y LEGADO

Ganamos todas nuestras demandas. Sin embargo, la lucha tenía que continuar hasta la realización del congreso y la transformación de la UNAM. Además de frenar los aumentos de cuotas, defender el pase automático, quitar trabas a inscripciones y exámenes extraordinarios, y preparar la organización del congreso, conseguimos estructurar una organización representativa de los estudiantes de la UNAM que funcionó de 1987 a 1992, algo que no es sencillo.

Es difícil mantener una organización estudiantil representativa durante cinco años con cambios generacionales de por medio. “Los históricos”, como nos llamaban —y luego “los prehistóricos”, y así, el *phylum trilobita*— dejamos de ser estudiantes y entró una nueva generación y a pesar del cambio se pudo mantener el movimiento. Además, apareció en el escenario político el Cardenismo en 1988. Ese año organizamos, en contra de Carpizo, el acto más influyente de la campaña de Cárdenas, en Ciudad Universitaria. El evento está documentado en una foto del 5 de septiembre de miles de estudiantes en la Universidad.

Carpizo se opuso a la entrada de Cárdenas en la UNAM y fue el mejor propagandista del evento. Después no quiso reelegirse en la rectoría, apoyó al candidato Salinas a la presidencia, quien una vez en el poder le ordenó crear la Comisión de Derechos Humanos, después lo designó miembro de la Suprema Corte de Justicia y secretario de Gobernación.

Mientras tanto, Sarukhán, quien odiaba la idea de realizar el congreso, asumió la Rectoría. El congreso, tema que excede la extensión del presente texto, fue un empate de fuerzas entre un proyecto de democratización de la Universidad y su oposición que incluía algunos temas que hoy siguen teniendo sentido: la desaparición de la Junta de Gobierno, establecer formas democráticas en la elección de autoridades, ampliar las representaciones estudiantiles a los consejos Técnico y Universitario, ampliar las funciones y atribuciones de los órganos colegiados, en sustitución de las que hoy tienen las autoridades personales. Todo eso se sintetizaba en una propuesta para cambiar la Ley Orgánica que fue el centro del debate del Congreso Universitario de 1990.

A 30 años de distancia, los estudiantes están otra vez en la calle, se organizan de manera similar a la que estructuró el CEU. Tienen quizá otros referentes y otras formas de lucha, pero son y siguen siendo el motor de los cambios decisivos que vive esta Universidad.⁶

Por el momento, el CEU parece haber quedado más o menos diluido en la historia. Quizá esto se debe a que no hubo muertos, ni entró la policía en la Ciudad Universitaria. Pero sus triunfos son innegables. No hay cuotas en la UNAM, ni se impusieron los exámenes departamentales; no se restringió el número de exámenes ordinarios, ni mucho menos se puso límite a los extraordinarios. Años después (en 1995) se limitó, sí, en algún aspecto el pase automático. Pero la victoria más importante fue la decisión de realizar un Congreso Universitario, democrático y resolutivo, un mecanismo participativo para transformar a la Universidad. Haciendo un balance general, a pesar de todo, hoy podemos decir que la Universidad actual se parece más a la que dibujó el CEU, que a la que pretendió Carpizo.

Sin embargo, en la marcha del 2 de octubre de 2018, la manta de algún contingente decía: “somos nietos del 68, hijos del 99 y hermanos de los 43”. ¿A qué se debe la ausencia de una referencia al CEU? Supongo que es porque a veces nos cuesta trabajo aprender a ganar, que las luchas estudiantiles han sido tan largas y arduas que resulta difícil para nosotros mismos, y sobre todo para nuestros adversarios, valorar o reconocer los triunfos. Pero la generación del CEU, sigue luchando por transformar la universidad y el país. Como decía Machado: “no está el mañana —ni el ayer— escrito”, y a nosotros todavía nos toca seguir escribiendo.

⁶ El autor se refiere al movimiento estudiantil contra la violencia y los porros en la UNAM que tuvo lugar en septiembre y octubre de 2018.

BIBLIOGRAFÍA

- Monsiváis, Carlos. (1987). *Entrada libre: crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Era.
- Ordorika, Imanol. (2006). *La disputa por el campus: Poder, política y autonomía en la UNAM 1944-1980*. México: CESU-UNAM/Plaza y Valdés.
- Rodríguez, María del Carmen *et al.* (1986). "La UNAM hoy." *Gaceta UNAM. Suplemento extraordinario* (64):2-14.
- Taibo, Paco Ignacio. (2006). 68. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Woldenberg, José. 1988. *Historia documental del SPAUNAM*. México: UNAM/Cultura Popular.